

santas Escrituras, y de aplicar el tiempo santamente en el cumplimiento de sus sagrados ministerios, se emplea en negocios seculares, en comercios prohibidos á los de nuestro estado, y en tráficos ajenos á los ungidos del Señor! El que tenga la desgracia de obrar de este modo, manchando la dignidad de que está revestido ¿podrá decir en sus últimos instantes con su conciencia tranquila, *consummatum est*: todo está consumado; he llenado mi ministerio, he guiado á mis hermanos por el camino de la felicidad, por la senda que conduce al cielo? Pues no lo olvidemos, hermanos de mi corazón, la muerte ha de llegar, y tal vez para alguno de nosotros antes de lo que pensamos, y tras la muerte está el juicio, ese juicio terrible cuya memoria ha hecho temblar á los mas justos. Si, pues, esto es infalible ¿en qué pensamos que no nos convertimos? No dejemos pasar estos dias de salud, este tiempo aceptable, que el Señor, lleno de misericordias nos concede: propongámonos, pues, hacer una confesion general de todas nuestras culpas, con propósito firme de seguir en adelante la ley de Dios, y este será el modo cierto y seguro de que cuando llegue aquel instante supremo podamos repetir las mismas palabras de Jesucristo, *consummatum est*; he cumplido el fin para que fuí enviado al mundo. Entregaos ahora con las reflexiones hechas, á la meditacion de estas palabras: *consummatum est!*...

SÉTIMA PALABRA.

El clamans voce magna Jesus ait: Pa'ter, in manus tuas commendo spiritum meum.

Y Jesus dando una gran voz dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Luc. cap. XXIII, v. 46.

Todo en el Calvario presenta una escena de terror: silencioso aquel lugar de amargura, solo se oyen á lo lejos las blasfemias de los implacables verdugos que se retiran; el sol empieza á eclipsar la luz de sus dorados rayos, la tierra empieza á su vez á estremecerse, y Jesus está ya casi cadáver, sus ojos se van eclipsando; empieza á sentir las agonías de la muerte, y desplegando por última vez sus divinos labios, esclama: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» ¡Ay hermanos de mi corazón! Habeis oido las últimas palabras del Salvador; pues acercaos á él y observadle... ¡Apenas respira!... Pongamos la mano en su corazón... ¡No se perciben sus latidos!... Lo que percibimos es el sudor frio de la muerte... ¿Qué pasa en este momento en el cielo? ¿Qué pasa sobre la tierra? ¿Qué acontece en el Gólgota? ¡Ay, señores! Ahora es cuando reclamo de vosotros, mejor diré de vuestra piedad, un grande recogimiento, una atencion

profunda. Ahora es cuando deseo que no os apartéis un momento del Calvario. Y yo dirijo mi vista al cielo, y creo ver al Eterno Padre observando y aceptando la hostia purísima que se le ofrece en el Gólgota: me parece verle borrar con un dedo el decreto de nuestra proscripción, y con el otro firmar nuestra libertad. Miro en seguida á la tierra, y no veo mas que confusión y desastres; y los estraños fenómenos que se advierten dan á comprender que algun crimen se ha verificado; y es así, pues ha sido asesinado el dispensador de beneficios extraordinarios, el inocente por excelencia, el que no cometió ni pudo cometer pecado. Hombre hay que al ver la paciencia heroica de Jesus en los tormentos, y presenciar el espectáculo de dolor que presenta la misma naturaleza, baja del Calvario, no obstante ser enemigo implacable del Señor, confesando «verdaderamente que este era Hijo de Dios (1).» Ahora me dirijo al lugar del sacrificio, ¿y qué es lo que allí observo? ¡Ah! al Mediador divino, que obediente se entrega en manos de la muerte: á los lados de la sagrada víctima, uno á la derecha y otro á la izquierda, dos ladrones que en las cruces ya han dejado de existir, pero de diverso modo, con suerte bien distinta, el uno desesperado en los tormentos y el otro arrepentido y contrito: el alma de uno ha descendido ya á la mansion de los réprobos, mientras la del otro espera en el seno de Abraham el momento en que deben abrirse las puertas de los cielos, para en compañía de los justos del Testamento antiguo entrar haciendo la corte al Salvador de la humanidad. Al pié de la Cruz de Jesus veo unas

(1) Videns autem centurio, qui ex adverso stabat, quia sic clamans irassset, ait: Vere hic homo Filius Dei erat. Mar. cap. XV, v. 39.

mujeres tristes, llorosas y abatidas. Una de ellas escede á las otras en abatimiento: su cabeza inclinada hácia el pecho, arrodillada, sus manos cruzadas, casi sin vida, y sin poderse quejar ni articular palabra á causa de su dolor; su sola presencia es capaz de conmovér el corazón mas insensible. ¿Y quién es? No hay que preguntarlo. ¡Es María!... ¡Es la Benditísima María!... ¡Es la Madre tierna y cariñosa de aquel inocente que está pendiente de la Cruz!... ¿Estrañaremos ya el motivo de su angustia? ¿Deberá llamar nuestra atención el verla en un estado tan aflictivo? Consideradlo vosotras, mujeres que teneis hijos. Si vierais al fruto de vuestras entrañas en un afrentoso patíbulo; si tuvierais que presenciar su ejecución; si le vierais espirar con la muerte de los criminales en el suplicio del asesino... ¡Ah! que de solo pensarlo os estremeceis, y si fuese una realidad tal vez moriríais á fuerza de vuestro dolor. Pues contemplad en este caso á María, y medid, si podeis, su amargura y aflicción. Ella habia presenciado los tormentos de la crucifixión: en su corazón habian resonado las blasfemias y los insultos dirigidos al Hijo de sus entrañas; en nada podia aliviar sus padecimientos; no habia podido refrijerar su sed, y ahora le oye esclamar, disponiéndose para morir: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum*: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Afligidísima Respha, desconsolada Agar, ¿cómo tuvisteis valor para sufrir tanto!... ¿Cómo no moristeis, señora, á la fuerza de vuestro dolor!... Decidnos, Purísima María, qué sentisteis en vuestro corazón, cuando oísteis la voz de vuestro divino Hijo que exclamaba: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» ¡Ah! que en aquel instante conoceríais que ya Jesus habia

padecido cuanto era necesario para satisfacer por el pecado del hombre; pero cuando considerabais que ya iba á morir, que os teniais que separar del que era la vida de vuestra alma; cuando considerabais que ibais á quedar huérfana sin la compañía del Divino Jesus, entonces es cuando no sé como no moristeis á la fuerza del mas vehemente dolor. Y seguramente asi hubiera sucedido, si el Espíritu Santo no os hubiese fortalecido.

Cuando yo considero, mis hermanos, á Jesucristo en su agonía, cuando medito en sus últimas palabras, «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu,» me parece oír á la Santísima Virgen que casi fuera de sí esclama: Hijo de mis entrañas, centro de mis amores, iman de mi corazón, ¿por qué dejas á tu Madre sin vida? ¿Por qué no muero yo en tu compañía? ¿Por qué no he de descender contigo al sepulcro? Mira, Hijo de mi vida, que sin tí no me será posible vivir. Es verdad que me has dejado otro hijo en Juan; pero ¿acaso ¿podrá este suplir tu falta? ¿Veré yo en él al que llevé por espacio de nueve meses en mis entrañas? ¿Al que alimenté con mis pechos? ¡Ah! que ni en hermosura, ni en bondad, ni en virtudes, ni en nada hay quien pueda compararse contigo. No me dejes, pues, en tan cruel horfandad... Apartemos nuestra consideracion de tan triste escena: yo no podria tampoco seguir hablando de la angustia terrible de la Madre del Salvador, ni aunque quisiera hacerlo, encontraria palabras bastantes elocuentes, ni que diesen á comprender su pena. ¿Por qué cómo habia yo de tener la temeridad de querer pintar al vivo aquel aflictivo cuadro, cuando no se atrevieron á hacerlo los mismos evangelistas? ¿Qué podria yo decir, cuando San Juan solo nos dá á comprender

la angustia de la Señora con las lacónicas espresiones de *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus* (1)? Bien podremos dirijirnos á María, y decirle ahora con el Profeta de las lamentaciones: ¿A quién te compararé, oh Virgen, hija de Sion? Grande es como el mar tu quebranto. ¿Quién será capaz de pres-tarte consuelo (2)? ¡Ah! que ni la amargura de Noemi, ni la aficcion de Agar, ni el desconsuelo de Respha pueden darnos una idea clara del desconsuelo, de la aficcion, de la amargura de la Santísima Virgen al pié de la Cruz, en el instante en que encomendando Jesus su espíritu á su Eterno Padre se dispone á morir.

Fijémonos ahora tan solamente en la víctima sagrada; dirijamos nuestra vista á la Cruz, y contemplemos en la última leccion que se nos dá en esa sagrada cátedra: el Maestro de las naciones, el legislador supremo, el que vino á enseñarnos los caminos de la salvacion, abre por última vez sus divinos lábios antes de morir, para darnos la última instruccion. *¡Padre en tus manos encomiendo mi espíritu!...* ¡Qué leccion! ¡Qué doctrina!... Ella nos manifiesta toda la felicidad del que tiene la dicha de morir en el ósculo del Señor, entregando su espíritu en sus divinas manos; y esto no se consigue ciertamente llegando al término de la vida por los tortuosos caminos de los vicios, por las desordenadas sendas de los placeres. Morir en el ósculo del Señor, entregar el alma en manos del Criador para que la conduzca al cielo se consigue únicamente

(1) Joan. cap. XIX, v. 25.

(2) ¿Cui comparabo te, yel cui assimilabo filia Jerusalem? ¿Cui exaquoabo te, et consolabo te, Virgo filia Sion? Magna est velut mare contritio tua: ¿quis medebitur tui? Thren. II, v. 13.

por los caminos de la inocencia ó de la penitencia. A ese fin gratisimo y feliz se llega por el camino de la Cruz. Tomemos, pues, el ejemplo de Jesus, que empleó su vida en hacer bien; y á su ejemplo suframos con resignacion y obediencia á la voluntad divina cuantos trabajos y aficciones se nos presenten. No nos quejemos de la providencia por las aficciones con que nos visita, á vista de que Jesus nuestro soberano Maestro callaba y no se quejó en ninguno de sus trabajos. Lo único que siente Jesucristo, lo único que atormenta su corazon amante es el pensamiento de los muchos que no se han de aprovechar de sus padecimientos, de sus tormentos y de su muerte. No permita el Señor que seamos de ese número, antes por el contrario, que tengamos siempre presentes sus padecimientos y su muerte; que nos aprovechemos del fruto de su preciosa sangre; que no sean en vano para nosotros tantos oprobios, tantos azotes, tantas bofetadas y tantos tormentos. No llegue el dia en que el Salvador diga con referencia á nosotros: «En vano sufrí los tormentos de mi pasion y muerte por estos ingratos, pues que volviéndome las espaldas se han perdido para siempre.»

No, dulcísimo Redentor de nuestras almas; no seremos nosotros los que nos olvidemos de lo mucho que te costó nuestro rescate; no volveremos á atarnos al carro del enemigo de nuestras almas: miraremos de aquí adelante con odio todo lo que sea ofensa vuestra, y trataremos de cumplir vuestra santa ley! Somos agradecidos y á fuer de tales no olvidaremos los muchos y extraordinarios beneficios que nos has dispensado. Conocemos y confesamos que habeis llegado ¡oh amabilísimo Salvador nuestro! á la cumbre de la caridad, y que á pesar de que sois Todopoderoso, no po-

diais haber hecho en nuestro favor mas de lo que habeis practicado. Nos habeis dejado vuestro cuerpo por comida y vuestra sangre por deliciosa bebida; habeis sido preso en el huerto cual si fuérais un malhechor, cuando sois la inocencia misma; habeis estado de pié y silencioso ante los jueces de vuestra causa, cuando sois el Juez de los vivos y de los muertos; habeis sido cubierto con la vestidura de los locos, cuando sois sábio por esencia; y finalmente crucificado en un madero cual un ladron y asesino, y todo por salvarnos. No lo olvidaremos, Jesus mio; hemos oido esas palabras santas que has pronunciado en la Cruz, y ellas serán lecciones que jamás podremos dejar de nuestra memoria. Ya vas á espirar; vas á entregar tu alma en manos de tu Padre Eterno: lo hemos oido de tus mismos lábios: «*Padre en tus manos encomiendo mi espíritu!*... Haced, Señor, que cuando llegue el momento de nuestra muerte, podamos repetir estas consoladoras palabras. Y vosotros, hermanos míos, medita ahora en estas últimas espresiones del Salvador agonizante, y mediante á que ya inclina su cabeza sobre el pecho, preparaos para verle exhalar el postrer suspiro... Preparad vuestros espíritus para llorar la muerte de vuestro Redentor.

CONCLUSION (1).

¡Las tres!... Sonó en el reloj de la eternidad la hora en que Jesucristo debia exhalar el postrer aliento. El que ya habia dicho. «Padre, en tus manos encomiando mi espíritu,» inclinó la cabeza y espiró (2). ¡Murió Jesus! ¡El Cordero divino ha sido inmolido en el Calvario! ¡Murió nuestro amabilísimo Redentor! ¡Murió el que se dió todo por nosotros! ¡A Dios, dulce Jesus de mi vida! ¡A Dios, supremo bienhechor de la humanidad! ¡A Dios, Padre amorosísimo! Has triunfado de la muerte y del pecado: háse roto el decreto de nuestra desgracia: ya somos otra vez herederos del cielo: ya tenemos rescatada la herencia que perdimos por el pecado de nuestro primer padre: pero ¡cuántos tormentos te ha costado! ¡Cuánto has tenido que sufrir! ¡Cuánto has tenido que padecer para hacernos felices! Por tu gloriosísima pasion te pedimos, Jesus amabilísimo, tu gracia, para que no olvidemos ni un instante esas lecciones saludables que nos has dado en las siete palabras que has pronunciado en el árbol santo de la Cruz al consumir el cruento sacrificio. Aprendamos por ellas á vivir en santa paz y á perdonar generosos á nuestros enemigos por grandes que sean los agravios que de ellos hemos recibido. Una Madre nos habeis dejado en herencia, y esa Madre... esa Madre, sois vos, angustiadísima María. ¿Y nos desampararás en este valle de miserias? ¿Y no volverás tus ojos de misericordia hácia los que ya somos tus hijos? Pero sí, nosotros tenemos

(1) Esta última plática deberá comenzarse al dar las tres.

(2) Et hæc dicens, expiravit. Luc. c. XXIII, v. 46.

adquirido ya un derecho á tu proteccion y amparo. Una buena Madre siempre está solícita por el bien de sus hijos, y tú, afligidísima Noemi, eres la Madre mas tierna y cariñosa; la Madre mas amable y benéfica para tus hijos. A tu patrocinio nos acogemos; pídele á ese Redentor amabilísimo que se ha sacrificado por nosotros, que nos dé una sed ardiente de padecer y sufrir en defensa suya y de la religion que fundara con su sangre, así como él la tuvo de padecer por nosotros y por nuestra salvacion; pídele que clamemos á nuestro Dios en todas nuestras aflicciones, así como él clamó á su Eterno Padre en el árbol de la Cruz: alcanzarnos por último, Madre mia, la divina gracia, á fin de que aprovechándonos de tantas angustias y de tantos tormentos, nuestra muerte sea feliz y verdaderamente cristiana, entregando nuestras almas en manos de nuestro Dios.

¡Ay, cristianos! ¡Qué espectáculo se nos ofrece ya en el Calvario! Aquel que á todo da vida, aquel por quien existimos, nos movemos y somos, ha muerto entre dos ladrones: el Hijo de Dios ha espirado: cumpliéronse los decretos del Eterno Padre: hánse cumplido todos los anuncios de los Profetas: hánse realizado los anuncios de los Patriarcas: el mundo se ha salvado con la muerte de Jesucristo: nosotros, mis hermanos, no somos ya del demonio, pero tampoco somos nuestros: no tenemos dominio sobre nosotros mismos, pues que Jesucristo nos ha comprado con el precio de su sangre preciosa como nos dice el Apóstol (1). Sí, dulcísimo Jesus; vuestros

(1) Empti enim estis pretio magno. Glorificate, et portate Deum in corpore vestro. I ad Corinth. cap. VI, v. 20.

somos y no queremos ser de nadie sino de Vos: vuestra es nuestra alma, y vuestro es nuestro cuerpo: disponed, pues, á vuestro arbitrio de nosotros. Es verdad que hemos pecado, que hemos profanado nuestros cuerpos que os pertenecen ¿pero no usareis con nosotros esa misericordia que usásteis con el buen Ladrón? ¿No oiremos nosotros de tus lábios palabras de perdon como las oyera Dimas? Mas que él os hemos ofendido, y mas graves son nuestros pecados, porque él no os conoció hasta que estaba en la cruz, y conoceros y amaros fué cosa de un momento, y nosotros os hemos conocido todo el tiempo de nuestra vida, hemos participado de los Santos Sacramentos, y sin embargo, hemos renovado tus tormentos y tu muerte con nuestras ingratitudes. Pero vednos aquí postrados en día tan solemne y en que hacemos memoria y celebramos el aniversario de vuestra muerte, pidiéndoos perdon de todas nuestras infidelidades, llorando nuestros pecados al mirar en vuestra muerte sus efectos y arrepentidos. No nos desoigais, dulce dueño de nuestras almas. Sentimos, Señor, y lloramos de corazon, los azotes que recibisteis, que pasaron de seis mil, sentimos y lloramos los treinta golpes que os dieron en vuestra santísima boca, las mas de quinientas veces que os tiraron de vuestras barbas, y las mas de cien veces que fuisteis derribado. Sentimos y lloramos el martirio que pasásteis al ser enclavado en el madero santo, y la sed que sufristeis elevado ya en la Cruz, como vuestras agonías al entregar vuestro espíritu en manos de vuestro Eterno Padre. Por todos estos tormentos os pedimos Señor vuestra gracia y vuestro amparo. Por vuestra muerte, dulce

Jesus mio, tened misericordia de nosotros. Misericordia Padre amantísimo de nuestras almas: misericordia dulcísimo Redentor: misericordia y gracia, para que viviendo santamente en la meditacion y agradecimiento de tu pasion y muerte, merezcamos un dia cantar tus alabanzas en las mansiones de la Gloria. Amen.